



CAPITULO XVIII

LA REALIDAD

Al cabo de un momento, Doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó:

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruaje. Cuando volví en mí me encontré acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitación.

A mi lado había un hombre que me acariciaba.

All ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?.....

—Ese hombre era mi perseguidor antiguo, el que me había aconsejado huir con él y que se había valido de un poded-

roso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable mujer á quien mis padres habían recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí, y para arrancarme la honra mientras dormía.

Porque bien comprenderás que estaba deshonrada, Fernando.

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?

—¿Puedo dejar de perdonarte, inocente y desdichada mujer, una falta que no has cometido?, exclamó el joven con ese acento de compasión que inspira una profunda é irreparable desgracia.

Doña Regina continuó:

—Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, que fueron las armas de que se valió aquel miserable, consiguieron que yo le cediera de grado, lo que él, sin embargo, me arrancaba á la fuerza, débil mujer expuesta á sus brutales deseos, sin ningún auxilio en aquel su palacio de París, habitado por criados tan malos y tan infames como él.

Un día que penetró en mi aposento, donde sola devoraba llorando mi dolor, me dijo:

—Mira, Regina, estás perdida completamente y no tienes ninguna prueba contra mí, que soy tan poderoso que te puedo perder á donde quiera que intentes dirigirte para acusarme. Nadie, ni tus

mismos padres te creerán, y ellos no volverán á admitirme á su lado, con ese hijo que ya llevas en el seno. Dos partidos tienes que seguir: si accedes á mis deseos, tu hijo será rodeado de exquisitos cuidados y á ti no te faltará una honesta casa en que vivir y dinero suficiente que gastar; pero de lo contrario, tendrás que mendigar un pan que te arrojarán á la cara con desprecio, y todo el mundo conocerá tu afrenta.

—¡Infame!, le respondí sin vacilar un momento, antes morir que ser vuestra de grado.

—¡Oh! bien, mi Regina!

—Un día, por fin, logré burlar su vigilancia y escaparme de su palacio; pero ¡ay de mí! ¡qué diferente juicio había formado en mi inocencia del mundo! el primer hombre á quien me dirigí para preguntarle la habitación del intendente de policía, me dirigió torpes galansterias; éste, á quien expuse mi situación, apenas me hizo caso, creyéndome una de tantas jóvenes perdidas que vienen á París á prostituirse, y yo que tenía volver á mi aldea, porque aunque hubiese podido llegar, débil y enfermiza como estaba, me hubiera muerto de vergüenza al hallarme delante de mis padres, tuve que mendigar durante algunos días en las calles, expuesta á todos los insultos que mi hermosura me causaba; por fin, agobiada

por el hambre y la desesperación, conociendo que muy pronto iba á ser madre y que mi pobre hijo se moriría por falta de recursos...

—¿Qué hiciste, desdichada?

—Volví al palacio de mi infame seductor, murmuró Doña Regina cubriendo su rostro con sus manos, con expresión de profundo dolor.

—¿Y después, Regina?

—Después he tenido yo, pobre víctima, para evitar caer en más terrible prostitución, que seguir los antojos de ese hombre caprichoso, que después de haber pasado conmigo á España, me ha traído consigo á América, haciéndome pasar por su hermana, rodeándome de un lujo verdaderamente regio, que aborrezco, y destrozando mi corazón con el recuerdo de mi terrible afrenta y de mis padres.

—¡Miserable! ¿luego ese hombre era...?

—Era D. Juan, el hombre que me acompañó y á quien antes de venir al baile he hecho creer que tenía que hablar con un joven, que eres tú, para amenazarlo con contarle el amor con que hace algunos días me perseguía.

—En la frente de Fernando se pintó una resolución muda y firme.

Doña Regina, con su mirada de relámpago, lo notó, y una sonrisa siniestra de satisfacción interior, erró por sus hermosos labios, afeándolos notablemente.

Al cabo de un rato de silencio dijo ésta con una tristísima amargura:

—Hé aquí la historia de mi lujo y de mi esplendor; hé aquí mi presente en apariencia tan feliz, comprado con el oprobio de mi pasado y el recuerdo eterno de mi deshonra. Tú, Fernando, que me has dicho que me amabas, comprenderás toda la profundísima amargura de mi vida pasada al lado de ese hombre, que aborrezco y que me esclaviza.

—¿Y tu hijo?, preguntó Fernando.

—Nació muerto; los pesares que me habían herido cuando le llevaba en mi seno, envenenaron y secaron en flor su débil existencia, se apresuró á responder violentamente Doña Regina.

—¡Oh! ¡cuánto has sufrido por causa de ese miserable!; pero no volverás á sufrir más ó moriré, te lo juro, mi adorada, exclamó Fernando con exaltación.

Doña Regina pareció no escucharle y aparentado sumergirse en una profunda absorción, murmuró, dando á su rostro y á su aspecto todo un aire de candor y de pasión, que la hacía mil veces más hermosa:

—¡Oh! ¡cuán feliz sería en una cabaña á tu lado, mi Fernando, pudiendo entregarme á todo el encanto de tu amor!

Pero después, como volviendo de un sueño halagador para luchar con la realidad, se puso de pie y fingiendo compo-

ner su rostro y borrar de sus ojos las huellas de sus lágrimas, dijo con reconcentrada expresión de amargura:

—Mas no; eso es imposible; por el contrario, dame tu brazo para que volvamos al salón, porque puedo ser extrañada por los concurrentes, y mi ausencia puede irritar á mi seductor.

Fernando le ofreció el brazo silenciosamente.

—Sí, continuó la cortesana, Hévame al mundo para volver á sonreír y aparentar felicidad: tú mismo sácame del dulce éxtasis en que me perdía.

Al extremo del corredor, cerca del salón, un hombre ofreció impolíticamente el brazo á Doña Regina para introducirla.

Era Don Juan.

Fernando dejó, sin alterarse, á su compañera, como si la firmeza de su resolución hubiera calmado su enojo.

Después penetró en el salón, le buscó durante algún tiempo con la vista, se acercó á él y murmuró á su oído algunas palabras.

Doña Regina, desde su asiento, no había perdido uno solo de los movimientos del joven, y al verle hablar con Don Juan, una sonrisa infernal se dibujó en sus labios y murmuró al son de la alegre música, que era tan natural que en una joven solo despertase dulces pensamientos de amor, estas siniestras palabras:

—El pez ha mordido el anzuelo, el pájaro ha caído en el garlito.

¡Pobre loco de veinte años! en este momento me estás creyendo una santieta y te dejarías morir por mi virtud.

Vas á buscar un pretexto cualquiera para matar á ese hombre, á quien crees mi infame seductor.

La victoria está de tu parte, porque eres más fuerte y más valiente que él.

Vas á librarme de una carga que me es insoportable: de la de ese hombre celoso que quiere constituirse en mi perpetuo amante y que me hostiga y me amenaza y me echa en cara el crimen que por mi posesión ha cometido, y como se encuentra arruinado, quiere vivir á mis expensas.

¡Ah! mi señor Don Juan, ya veis cómo no se emplea tan mal el tiempo y que algo se hace por vos.

Lleváis indudablemente la peor parte en este negocio, eso sí, y procuraréis hacer alguna traición á ese joven; pero yo, que conozco vuestras artimañas, perded cuidado, que velaré por él: no porque le ame en lo más mínimo; ya veréis, ó qué digo, tal vez no podréis ya ver cómo le trató después que me haya servido de él, en vuestro perjuicio; pero siempre se debe tener dispuesta la pistola que envía la bala ó el puñal que se hunde en el pecho.

No sé cómo os compongáis con este fanático que os he enviado.

Y formulado este terrible pensamiento, la cortesana se confundió en el torbellino de parejas, bailando con un grande que le había ofrecido su mano.

Fernando había dicho á Don Juan:

—Tengo que hablar á usted una palabra, caballero.

Y los dos habían salido del salón.

Una vez en el corredor lejano en que pocos momentos antes acababa el joven de escuchar la terrible revelación de su idolatrada Doña Regina, los dos se detuvieron.

Fernando, pálido como la muerte y acentuada su voz por una resolución invariable y sombría, dijo al cabo de un momento:

—He llamado á usted porque tenía que decirle una cosa que acaso lo avergonzaría con una vergüenza criminal, si fuese asunto de que se pudiera hablar en público.

—Y yo, esperando ya este llamamiento, no me he sorprendido de él, dijo Don Juan con acento irónico.

—¿Lo esperaba usted acaso?

—No he perdido ninguno de sus movimientos desde que salió usted del salón, en compañía de Doña Regina.

—¡Miserable! no sé cómo puedo escuchar á usted á sangre fría, hablar de esa

inocente y desdichada mujer, víctima de su infame seducción.

—¡Ah! ¿conque según eso, esa comedia que he presenciado y en la que he visto sollozos, manos enclavijadas, muestras de sorpresa, de ira, de terror, etc., era una comedia en que Regina hacía el papel de víctima, yo el de verdugo que no sale á la escena, y usted el de amante vengador, dijo Don Juan riéndose con una espantosa y sangrienta ironía.

Esta vez, á tanta audacia, en medio del recuerdo del ultraje hecho á la infeliz mujer que amaba, la exaltación de Fernando llegó á su colmo, y pálido por la ira, arrojó á la cara de Don Juan el guante que hacía rato tenía en la mano, exclamando:

—¡Miserable!

Don Juan se estremeció como si hubiese sentido en su rostro el contacto de un hierro candente; pero hubo de temer el terrible enojo del joven, porque no volvió á hacer un movimiento.

Estaba más pálido que un difunto y sus ojos despedían un brillo fosfórico siniestro.

Al cabo de un momento, dijo con sorda voz:

—¡Está bien! nos batiremos, como usted lo desea seguramente.

—No creo que debemos arreglarnos de otra manera.

—Pero antes sepa usted que todo lo que esta noche acaba de escuchar de la boca de esa mujer.....

—Silencio y más respeto al hablar de ese pobre ángel.

—Que todo lo que acaba de escuchar de la boca de esa mujer,—prosiguió Don Juan sin hacer caso de la exaltación de Fernando,—es una fábula inventada para armar su brazo contra mí.

Era tan profunda la seguridad con que el caballero hablaba, había en medio de su silenciosa cólera tal acento de verdad, que Fernando no pudo menos de vacilar por un momento, sintiendo pasar por su imaginación un rayo de luz vago.

Sin embargo, preguntó con acento de duda:

—¿Es cierto lo que acaba usted de decirme?

Pero arrepiñtiéndose de esta duda, continuó:

—¡Infame! quiere usted añadir aún un crimen al demasiado horrible que ya pesa sobre su conciencia: la calumnia.

—¿Y si yo diera á usted pruebas de que es cierto cuanto he dicho, que yo, antiguo amante de esa mujer, ligado con ella por lazos terribles de sangre, le he llegado á ser un obstáculo para sus placeres, para su desenfrenada lujuria, para sus crímenes de amor, los cuales impi-

do porque reclamo para mí una deuda espantosa que há dos años ella ha contraído?, exclamó Don Juan con profunda convicción.

—¿Pero cuáles podrían ser esas pruebas?

—Imbécil joven, ¿no le basta á usted el modo con que le ha sido hecha esa mentirosa revelación? ¿una mujer honrada sostiene acaso ese lujo regio, una nada sostiene acaso ese lujo regio? ¿una mujer que ama verdaderamente, sacrifica, Vuelva usted al salón y la verá radiante de felicidad, acariciada por una infernal alegría, porque cree que con haber contado á usted, fanático, algunas torpes mentiras, ya ha armado su brazo contra mí; pero ha comprendido mal mi natural, porque un hombre como yo aún en su caída puede aplastar á los insectos que le rodean.

—¡Basta de insultos! de cualquier modo que sea, nosotros debemos batirnos.

—Sí, nos batiremos; ¿cree usted que olvido yo tan pronto un ultraje de la especie del que acabo de recibir de su mano?, dijo Don Juan con un acento tan profundo de odio y oculto de venganza, que habría hecho estremecer á cualquiera otro que al valeroso joven.

—¿No comprende usted, necio, ciego, continuó implacable Don Juan, que yo, antiguo amante de esa infernal mujer,

testigo de sus extravíos y sus crímenes; eterno reclamador de caricias que me pertenecen, porque han sido compradas con sangre; soy para ella un obstáculo poderoso que le impide compartir el lecho con los jóvenes inexpertos y hermosos como usted, á quienes devora?

—¡Basta! ¡basta!

—¿Cree usted, que ignoro todo lo que ha pasado? y ¿por qué habría de negar la especie de relaciones que me ligan con esa mujer?

—¿Pero cómo?

—Há seis meses que yo ó mis agentes seguimos sus pasos de usted; primero ha visto á Regina en el paseo, después la ha seguido en los teatros, en la corte, ha hecho llegar mil perfumados billetes á sus manos, consiguiendo en cambio de ellos, primero miradas, después sonrisas, luego pequeñas concesiones, y por último, algunas citas en horas en que se me creía ausente. ¡Cuántas veces, mientras usted, loco de amor, rondaba suspirando la calle de su adorada, yo le seguía con la vista desde los balcones de su casa.

—¡Oh Dios mío!, exclamó Fernando viendo destruído por aquel hombre inflexible el edificio de ilusiones que durante seis meses había estado levantando.

Don Juan continuó:

—Si fuese cierto lo que esa mujer acaba de decir, ¿no se imagina usted, que lo primero que habría hecho para alejarle de ella sería disipar una á una todas sus ilusiones, simplemente refiriéndole lo que pasaba, diciéndole que yo por fuerza era el poseedor de Doña Regina?

¿No cree usted que habría sido el mejor medio?

—Ciertamente, caballero.

—¿Pero qué me importaba que Regina concediese á usted, burlándose, miradas ó suspiros, cuando yo tenía de esa mujer, no un corazón que para nada necesito, sino una hermosura que da fiebre al que la goza?

—¡Oh! ¡era muy hermosa para dejar de amarla!

—Mire usted, puedo darle aún una última prueba de mi indiferencia acerca de su espiritual amor.

Mañana parto á Veracruz por intereses pecuniarios; debo permanecer ausente quince días: Dejo á usted campo libre á su pasión, por ese tiempo, si es que aun anhela.....

—¡Cobarde! Después de haber arrancado mis dulces ilusiones, se va usted sin pedirme cuenta del insulto que le he hecho, exclamó Fernando con espantosa desesperación.

—¡Oh! no ha de pasar mucho tiempo sin que tenga usted que arrepentirse de

ello muy de veras, murmuró Don Juan alejándose.

Fernando se dejó caer en el mismo sofá en que pocos momentos antes había escuchado la falsa revelación de Doña Regina.

Un rayo de luz siniestra fueron las palabras de Don Juan, rayo de luz de desengaño que alumbró las dulces tinieblas de su ilusión, haciéndole ver el horrible abismo á cuyo borde se encontraba y en el que había estado á punto de precipitarse.

Lo que pasó entonces en su corazón, es imposible de decir.

Pero el que alguna vez en la vida haya visto desvanecerse en un momento la ilusión que había creído tan santa, que había embalsamado su corazón con un perfume halagador, para ver presentarse ante sus llorosos ojos la imagen horrible, descarnada y fría de una amarga realidad, comprenderá su inmenso dolor.

En un momento había pasado del cielo de la ilusión al infierno del desengaño.

Hubo otro torcedor que rasgó dolorosamente su alma.

El remordimiento.

Porque eso sucede siempre. La felicidad nos deja en una dulce ignorancia; pero la desdicha es la horrible luz que nos dejar ver todo el abismo de crímenes ó recuerdos de nuestro pasado.

La desdicha muchas veces nos hace buenos.

Porque desgraciados nos volvemos á nosotros mismos, y para aplacar la cólera divina, que parece suspendida sobre nosotros, procuramos enmendarnos de faltas presentes, ó justificar con nuestro porvenir los desvíos de nuestro pasado.

Fernando se acordó entonces de Clemencia y la comparó con Doña Regina.

Vió á la una inocente, pura, llorando y esperando durante su ausencia.

Vió á la otra impura y sangrienta cortesana, haciéndole ciego instrumento de infames venganzas.

El eco de un recuerdo le hizo escuchar los sollozos de la una, blanca alma de blanca niña, sin más crimen que el de haberle amado demasiado, más de lo que merecía él, tan ingrato que antes de dos años la había entregado al olvido más negro y más y profundo.

El eco de la música del salón, que hasta sus oídos llegaba, como una espantosa y sangrienta ironía, le hizo ver á la otra, revelándole misterios horribles y ensangrentando con sus palabras aquella fiesta en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas; aquella mujer que se había adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un día de su corazón.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.



CAPITULO XIX

ARREPENTIMIENTO.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algún tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorbido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecía y el aspecto de la gente honrada que después de dormir con un sueño tranquilo, volvía alegre á sus tareas, hicieron una más profunda impresión en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible en que hacía algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una